

EL HERALDO GALLEGO,

SEMANARIO DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Director propietario, Valentin L. Carvajal.

SE SUSCRIBE
en su administracion, calle
de Lepanto, 18, Orense.

Se publica todos los Jueves.

PRECIO
nueve reales trimestre
en toda España.

SUMARIO.—Galicia en triunfo por el Dr. Lopez de la Vega.—Crónica de Orense (Episodios de la Edad Media), por R. Barros Sivelo.—El Salto de Santiago por Benito Vicetto.—Revista de la Prensa de Galicia por la Redaccion.—Balada de Amor (poesía), por Emilia Calé.—Alicia (poesía), por A. Quereizaeta.—El Nombre Divino (soneto), por G. M. Basalo.—O Desconsolo (poesía), por A. Camino.—El Maestro de Santiago (leyenda), por M. Curros Enriquez.—Variedades.—Miscelánea.—Anuncios.

Galicia en triunfo.

La caída del Imperio Romano, corresponde á la historia política. Su decadencia provino de su desprecio á las artes, de la carencia de todo génio comercial, de toda política mercantil. Estendiase desde las columnas de Hércules hasta el Éufrates, desde el mar del Norte, á las abrasadas tierras del África, reuniendo de este modo todos los climas, mares navegables en todas las estaciones, costas enormes con puertos excelentes, islas ricas y fértiles, comarcas que reunian la civilización mayor y que cada una de ellas era ya muy avanzada; pueblos, en fin, dotados de las más diversas aptitudes y facultades; su imperio donde abundaban todos los productos, donde la agricultura, el comercio, la navegación, la industria, las artes y las ciencias estaban llamadas á brillar de la misma manera. Y sin embargo de tanta opulencia y esplendor, el género humano solo recibió de Roma males sin cuento, no habiéndole servido toda aquella coleccion de medios más que de ignominia, dando lugar á que la barbarie y la fuerza bruta hayan reinado tantos años, á pesar de sus triunfos y trofeos.

Galicia, la mártir Galicia, tiene todavía

sobre si las cadenas romanas con distinto nombre y por eso toda su atmósfera política y social, no es la de un pueblo libre de fuerzas expansivas; una Bélgica y un Portugal; un Chile y un Nicaragua con puertos como los de la antigua Cartago, Bizancio, Aquilea, Marsella y Alejandría, arrastra la existencia de un pueblo casi desposeido de medios de civilización, sirviendo sus caudales tan solo para satisfacer las prodigalidades de sus pro-cónsules, contrastando su lujo y su opulencia con la miseria y los andrajos de sus masas. No tiene nada de espontáneo, nada de interés mútuo: todo en ella es *híbrido, advenedizo y bastardo*; no bastando á la codicia de sus especuladores el oro que sacan de cráteres un día califórnicos, y hoy casi esenuadas, sino que también es preciso que sus hijos anden errantes de pueblo en pueblo experimentando todos los rigores de la mala suerte.

Sin *espresion* local triunfante; pobre y sin amparo, es su fruto sabroso al paladar de sibaritas sin entrañas que al ver su mucha desgracia, no se cansan de maltratarla y de hierirla en sus más caras afecciones.

Si pronto no se responde á la cruzada de ideas dilucidadas en la aptitud soberana de su prensa independiente, que la dé todo el vigor de sus pasadas glorias y grandezas, Galicia tiene que hundirse en el polvo de la nada para quedarle solo el nombre que tuvieron Tiro y Sidon, cuyas calles estaban cubiertas de planchas de plata siendo reina y señora del Universo.

Galicia con ferro-carril lograria la reconquista de sus bienes perdidos: sin ferro-carril no saldrá jamás de su postracion y abatimiento.

Madrid, 1874.

DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

CRÓNICA DE ORENSE.

EPISODIOS DE LA EDAD MEDIA.

Un recuerdo al amante de Galicia. Señor Don Julio Nombela, Director del ilustrado periódico EL BAZAR.

(Continuacion).

Diferentes fueron los ataques del de Benavente contra la ciudad; pero los individuos de la hermandad, la gente del municipio y los guardias del Obispo, contando por suyo el castillo Ramiro (1) y bien guarnecido el del Puente Mayor y muralla de la ciudad, conseguia tenerle á raya.

Imponia'e tambien dar el asalto el aspecto marcial del Conde de Lemos, con quien hubiera ya un rudo combate en Setiembre del año anterior, en el corazon de tierra de Caldelas cuando quiso sorprenderle en su fortaleza del Castro que atacó con ventaja, cuya querrela sin triunfo decidido de parte á parte más que una horrible matanza, tuvo lugar en el basto campo que desde entonces lleva y conserva aun el nombre significativo de *Marrubio*.

El de Lemos á su vez acompañado de una fuerza considerable de sus mesnadas, las mandaba merodear por sierras de Viana, Bollo, Caldelas y Valdeorras; pero siempre en acecho de los movimientos del de Benavente. Este imponiendo mayores levas y recaudos en las tierras que ocupaba, llegó con fuerza de gente á las inmediaciones de Orense; acampó cerca de sus muros algunos días y armando hondas-palas y otras máquinas de batir, puso á la vez cerco á la ciudad y al castillo Ramiro. En tal conflicto, el Concejo acordó mandar una embajada al de Lemos pidiéndole ayuda.

Después de algunos ataques á la muralla y á pesar de la gran resistencia de los sitiados dirigidos por el valiente Capitan Gonzalo de Boja el 11 de Abril de 1467, la plaza fué tomada al asalto, y el Obispo y toda la gente de guerra hubo de retirarse á la Catedral defendiéndose desde sus almenados tamboretas. Este sagrado recinto no fué respetado: el conde mandó colocar las máquinas de batir en la parte mas débil y menos defendida y colocando el grueso de su gente por o *Mosteiro de San Francisco* (hoy plaza del Corregidor) *rua da Pia da Casca en volta do Campo dos Curtidores* (ocupada hoy por la calle de Lepanto), formalizó el ataque por el lienzo N. de la iglesia.

El día 14, se abrió brecha en el muro;

pero en tan mala hora, que apenas habian empezado á ocuparla algunos hombres, cuando los gritos de *Orense por el Conde de Lemos* que en son de guerra se oyeron á retaguardia de los sitiadores, aumentó el ánimo de los sitiados, infundiendo el terror en los sitiadores.

La lucha cambió de aspecto, el conde sitiador tuvo que pronunciarse en retirada con pérdida de mucha gente, y acosado hasta cerca de los muros de Allariz, tuvo que avenirse á una concordia en la cual, entre otras condiciones estipuladas, fué convenido que el de Penavente reparase los daños causados en la Catedral, como en efecto lo verificó en el lienzo de la capilla de San Juan que construyó de nuevo con el nombre vulgar de la *Hiedra*, dotando á la vez esta capilla en cierta cantidad que entregó en juros al Cabildo que hasta hace pocos años, existian en el Cabildo de la Catedral. Una nota puesta al pié de esta concordia, prevenia la condicion de que habia de transcribirse en *pergamino de cuero*, cuyo original no existe en el citado archivo.

En el mismo año, y apenas ámbos condes cesaban en sus querellas especiales, cuando la mayor parte de los pueblos de Galicia, excitados por las exigencias y tiranía de sus señores, queriendo hacer valer su libertad y autonomia, se declaran en rebelion, valiéndose de las nuevas hermandades que formaban el núcleo de aquella basta conjuracion.

Fuó entonces, cuando Alonso de Paredes poniéndose al frente de las hermandades de la izquierda del Miño, mandó derribar el castillo Ramiro y rebajar las torres almenadas de la Catedral, obligando á asistir á la demolicion á *clérigos seculares é judios*.

Hizose general esta insurreccion tomando serias proporciones las frecuentes algaradas de los hermandinos. En ellas fueron incendiadas las casas y castillos de Viana, Castro, Porquera, Aldapena, Celme, Taboada, Caldelas, Sandianes y otros mal, cuyas ruinas registra aun hoy el curioso viajero. Estos conflictos llegaron á inspirar serios temores á la grandeza y al poder real, quien mandó que el conde de Santa Marta, adelantado mayor de Galicia, viniese sobre Orense con gente de guerra; mas como la ciudad intentase hacerle frente, la acometió con violencia é incendió sus barrios.

La guerra civil de Isabel I y D.^a Juana la Beltraneja, hacian sentir sus graves estragos en todos los pueblos y comarcas vecinos á Portugal. El Conde de Benavente partidario de Doña Juana, tuviera que pasar con su gente de guerra á las inmediaciones de Tuy, y aprovechando esta ocasión las amotinadas huestes de Alonso de Paredes, dió sobre la villa de Allariz que abrió sin resistencia sus puertas.

(1) Alto del Castelo á un kilómetro de la ciudad,

La condesa con el Merino de la Villa y 16 hombres de armas se hicieron fuertes en el formidable castillo de los condes; pero vendidos por uno de los escuderos del conde, fué abierta la puerta del adaver é incendiada la fortaleza, pereciendo en ella la condesa y su gente (1).

RAMON BARROS SIVelo.

Se continuará.

EL SALTO DE SANTIAGO.

I.

Habíamos madrugado mucho aquel día.

A la ondulosa y progresiva luz de la mañana, los objetos empezaban á recortarse en lontananza con sus exactas proporciones, con sus colores, con sus movimientos, con su vida, como si despertáran de un sueño profundo á los primeros rayos del alba; —imágen diaria de la creacion al salir del caos, de inimitable grandeza y poesía, en aquel momento en que las medias tintas del gran cuadro dan una entonacion magestuosa, á cuanto se diseña, cuanto se relieva en el horizonte.

Constituye un territorio bellissimo, digno de la curiosidad del geólogo, del pintor y del poeta, aquellas enormes montañas que faldea el Sil al penetrar en Galicia. Es sumamente impresionable, y máxime á esas horas en que va á salir ó desaparecer el sol, aquel panorama de gigantescos obeliscos de granito que se destacan sobre el fondo oscuro y lúgubre del firmamento ó que esculpen sus caprichosas formas en el risueño Occéano de verdura que una vegetacion vigorosa ha reunido á sus plantas. Los rios, las cascadas y los torrentes que habeis visto en los sombríos paisajes ó en las melancólicas inspiraciones de nuestros pintores, los encontrareis allí indudablemente. Allí, entre aquellos peñascos cubiertos de musgo, y entre aquellos corpulentos nogales que inclinan sus copas sobre los abismos y pendientes rápidas.

Cuando el Sil, engrosado con las aguas del Bisuña, se lanza impetuoso y rugiente por aquel cáuce undoso, forrado por los rectos flancos de la dentada sierra de Pardollan, cuando sus espumosas ondas se desvanecen en los poéticos valles de Sobradelo y Villamarín, sin una roca que se oponga á su precipitado curso; cuando deja de oírse, en fin, aquel estrépito de su marcha á través de negras y escalonadas rocas, y las arboledas de Corven lo cubren enteramente con su frondoso ramaje, entonces el paisaje cambia enteramen-

te. Cuanto pierde de selvática grandeza y de sombría majestad, gana en colorido y hermosura.

Allí, á su ruido atronador y eterno, suceden los cantos de las aves; á sus rocas agrupadas en espantoso desorden, vistosos árboles frutales; y á su cielo oscuro y nebuloso un cielo azul, orlado de fantásticos celajes.

Es una transicion hidrogeografica, como diria un geonosta: pero una transicion sorprendente. El Sil recorre un terreno pintorescamente quebrado, propio de la estructura geológica de un terreno montañoso, que el Señor levantó como un dique en un extremo de Europa para contener el impulso de los dos mares más dilatados: el Occéano atlántico y el Cántabro. El Sil, es el rio de las baladas del Norte. Ningun rio baña más ruinas de castillos feudales, de monumentos religiosos y de monasterios saqueados y devastados por el furor popular.

Poético como su nombre, tiene tambien su mito de las épocas primitivas, ó antehistóricas, y sus *menhirs*, *castrcs* y *mamaos* de la época de los celtas. Los romanos cambiaron su curso para extraer mejor el oro de sus márgenes; los suevos levantaron templos y palacios en ellas; los moros mezquitas y atalayas; los cristianos de la reconquista neogermana, castillos y conventos; y los cristianos del día, *quintas*. Cada raza, cada generacion, ha dejado impreso en sus orillas, las huellas de su paso, porque no han reformado destruyendo, han reformado elevando. Las piedras de un castillo, sirvieron para una atalaya, y las de una atalaya, sirvieron para un castillo; las piedras tumulares del céltigo, para una mezquita, y las de una mezquita, para un monasterio. Hoy, todas esas piedras que labró el celta, el romano, el suevo, el árabe y el cristiano de los tiempos del feudalismo, son quintas, gracias al papel contra el Tesoro.

Estas son las vicisitudes de la fisonomía monumental del Sil, que pueden tomarse por las de su fisonomía moral — porque, como se dijo acertadamente, la historia política y moral de un país, la dejan escrita en piedra las generaciones que se suceden.

Poco más ó menos todo esto se ve en cualquier país, cuya riqueza territorial es origen de sucesivas dominaciones, —pero lo que más particulariza el Sil, lo que lo individualiza más, y le da más poder sobre los otros rios, y aun esplendor, si se me permite esta palabra, son sus *aureanas*.

¿Sus aureanas? Sí... Las lindas jóvenes que, desde que el sol sale hasta que se pone, se dedican á extraer oro de sus orillas.

¿Oro? Sí. Dios ha querido conceder á las

(1) Antiguos documentos del Archivo viejo de la parroquia de San Estéban de Allariz.

márgenes del Sil, innumerables partículas de este precioso mineral.

Sus aureanas, son, pues, sus ninfas, sus náyades fantásticas, sinó reales que os saludan amorosamente, os miran y os hablan con la sencillez rústica de aquellas soledades, es verdad; pero que por eso no dejan de impresionaros aquellas bellezas como las de los salones artísticamente decorados.

Hemos dicho que el Sil, es el río de las baladas del Norte, porque en el Norte de nuestra España no hay río mas enriquecido de supersticiones poéticas, que, robustecidas por la tradición, pasan en nuestros días como episodios de la historia nacional, olvidados por el padre Mariana.

II.

De Aron á Traver, hay una legua escasa, el país es sumamente variado y pintoresco, como dejamos dicho: los primeros rayos del sol, todo lo embellecían con su luz de oro.—y cuando llegamos á esta última parroquia, sin separarnos nunca de las márgenes del Sil, participábamos de esas impresiones tan gratas del viajero que atraviesa un país delicioso como el sueño de una virgen: de cuando en cuando, entre las rocas ó los árboles de la orilla, veíamos agitarse una aureana pintorescamente inclinada sobre el río, con su saya encarnada, su jubon de veludillo lapiz lázuli, y su cólia ó pañuelo blanco a la cabeza. Allí, en aquellas asperezas, en aquellas soledades que corta el murmurante Sil, las aureanas parecían unos seres fantásticos de las baladas del Rhin, ó las náyades no ménos fantásticas de la mitología. Lo que en otros varios ríos fué ó es un lujo de fantasía del poeta, un canto de Ossian, allí, en el Sil, es una realidad.

¡Oh! seguramente que nada más poético que la existencia de aquellas pobres virgenes de quince años, á quienes sus padres envían á la orilla del Sil, ó que ellas, ya por efecto del hábito contraído, permanecen allí de sol á sol.

Entre la ría de Valdeorras y Villacastin, en el camino de Castilla, encontramos una mucho más linda y seductora que cuantas viéramos hasta allí. Era bella y melancólica como la Minla de Ossian, como la Gulnara de Bron, como la Malvina de Oscar. A ella le debemos la tradición del Salto de Santiago, que vamos á consignar.

—¿Vén ustedes ese peñasco que tienen delante? nos preguntó indicándonoslo.

Era un gran peñasco blanquizco que se hallaba á orilla del río. Nesotros hicimos una inclinacion de cabeza,

—Pues bien, continuó la bella aureana, mírenlo ustedes mejor.

Nos aproximamos, impulsados por la curiosidad que nos infundía el misterioso modo que tenía de designarnoslo, y vimos esmaltadas en él las herraduras de un caballo.

—¿Y esto?... preguntamos... ¿Qué quiere decir esto?

—Son las del caballo de Santiago.

—¿El apóstol?

—El apóstol.

—¿Y en señal de qué suceso se hallan así?

—¡Oh! ¡en señal de uno muy grandel— encareció ella.

—¿Cuál?

—En su época... Alá en la época en que los romanos eran dueños de este país, y el Santo Apóstol principiaba la milagrosa persecucion de aquella gente, se le ofreció hacer ver el influjo divino al pasar por aquí con un puñado de cristianos.

Hallábanse dos mugeres romanas ó galai-co-romanas lavando ropa en la otra orilla del río, y viendo al Apóstol montado en su caballo blanco, lo reconocieron y lo insultaron burlandose de sus milagros.

—Santiago:—le digeron por último con gran desaluerdo:—si en efecto eres santo y haces tantas maravillas, pasa aquí con tu veloz caballo y creeremos en tu Dios.

No habia puente alguno por esta parte, y el río ya ven ustedes, es muy ancho, tiene mas de cuarenta varas.

A la provocacion de las indigenas gallicas, Santiago quedó algun tiempo inmovil, en oracion y sus secuaces no apartaban de él los ojos.

Cuando concluyó su rezo, guió su caballo á ese peñasco que le mosté á ustedes, hizo la señal de la cruz, picó al corcel, y ¡zas! se plantó de un salto junto á las mugeres romanas, las cuales, á vista de aquel prodigio, quedaron convertidas en dos peñas blancas.

Al concluir la aureana su tradicion, dirigimos la vista á la orilla opuesta,—y en efecto, frente á la roca de las herraduras se veían dos peñas blancas.

¡Notable particularidad! No se veía otra peña más en la falda de aquellas montañas!...

BENITO VICETTO.

REVISTA DE LA PRENSA DE GALICIA.

Nuestro estimado colega *El Diario de Santiago*, despues del proyecto de bases para la asociacion de la prensa gallega, publica un artículo con el mismo epigrafe, del cual trans-

cribimos los siguientes párrafos, por hallarnos en todo conformes con sus apreciaciones.

«La fusion intentada, es tanto más practicable en Galicia, cuanto que las disensiones politicas, jamás revisten entre nosotros ese caracter de animosidad y pasion que envenena los rencores y agría á los individuos en las demás comarcas de España.

Las tendencias doctrinarias ó radicales, no absorben la vitalidad de ningun periódico gallego, hasta el punto de robarle toda energia é independencia.

Cuando se trata de los intereses, de la prosperidad, de la regeneracion de esta aislada porcion de tierra, única pátria digna que nos queda á los que somos españoles por haber nacido entre el Tambre y el Miño; cuando viene sobre Galicia una de tantas calamidades como debemos á la gestion de unos y otros; cuando los extraños se burlan de ella, escupiéndola al rostro de pues de haberla explotado, todos los periódicos regionales plegan su enseña blanca, roja ó irisada, obedeciendo á un enérgico impulso de provincialismo.

La asociacion puede y debe, por consiguiente, llegar á la practica.»

A pesar de todo, nuestro estimado colega, duda que llegue á realizarse por la apatia ó oposicion de algun periódico; duda que para nosotros está desvanecida, al considerar la patriótica adhesion de la prensa gallega á este proyecto. El *Eco de Galicia* de Lugo, *El Anunciador* y *El Ejemplo* de la Coruña; *El Correo de Galicia* y *La Defensa* de Orense, aceptan las referidas bases, aunque con algunas ligeras modificaciones. Falta algunos colegas por declarar su opinion; pero suponemos que ésta no será contraria á la nuestra.

Una vez conformes los periódicos gallegos sobre tan importante asunto, nuestra opinion es que se fije un dia para celebrar una reunion los representantes de los periódicos gallegos, en la cual se amplien y discutan las bases, hasta llegar á un acuerdo definitivo.

Santiago, como punto céntrico de Galicia, es el más apropiado para este objeto.

LA REDACCION.

BALADA DE AMOR.

Brotó de un corazon lágrima ardiente,
 Prenda de su dolor;
 Lanzó una niña pura y sonriente
 Un suspiro de amor.

Aquel con amargura recordaba
 La ilusion que moria;
 La niña con delirio acariciaba
 El amor que nacia.

De esa lágrima fiel que rodó amante
 Voló en pós el suspiro;
 Y sin saber por qué, siempre anhelante
 Siguió su mismo giro.

Se encontraron al fin: en sus amores
 Dulce fusion hallaron;
 Y en su tierna pasion, con santas flores
 Sus almas enlazaron.

EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.
 Madrid, 1874.

ALICIA.

No veo ya tus ojos
 ¿En donde estás, Alicia,
 Albor de mi esperanza,
 Aliento de mi vida!
 No escucho aquel acento
 De lánguida armonia,
 Eco de mis amores,
 Cantico de mi dicha.
 No veo de tus labios
 La cándida sonrisa,
 Ni el beso misterioso
 Resuena en tus mejillas.
 ¡Oh sombras de la noche
 Leves y fugitivas!
 Decidme: ¿do se oculta?
 ¿En donde está mi Alicia!

Un tiempo fué que alegre
 Tu lábio me sonría,
 Y en sueños y esperanzas
 Pasabamos la vida.
 Un tiempo fué que amantes
 Las horas nos veían,
 Sentados á la sombra
 De acacias y de lilas.
 Mas hoy... amargo luto
 Mi corazon respira,
 Y nadie me responde
 En donde está mi Alicia.
 Feliz cuando á tu lado
 Mi pecho se entreabria
 Al goce misterioso
 De una ilusion tranquila.
 Feliz cuando en tus ojos
 Mi corazon bebía
 La dicha de los sueños,
 Los sueños de la dicha,
 Hoy miro y no te veo,
 Alma del alma mio,

Y en vano busco amante
La imágen de mi Alicia.

Las sombras de la noche
Su soledad me inspiran,
La antorcha de los cielos
Mis penas ilumina.
Las flores de los campos
Tornáronse amarillas,
Y veo en lontananza
Imágenes sombrías.
Desierto está mi pecho,
Desierta el alma mía;
Que en vano voy buscando
La sombra de mi Alicia.

Tu vives en el cielo,
Y yó muero en la vida,
Tu eres la eterna aurora
Y yó la flor marchita.
¡Ay! dime, si á ese mundo
Llegan mis tristes cuitas,
Dime si en torno tuyo
Se queja el alma mía.
Vivir sin tí es la muerte,
Morir por tí es la vida:
¡Bendita la esperanza
Qué al corazón anima!
¿Acaso desde el cielo
Una oración me inspiras?
¡Oh dime do te ocultas!
¿En donde estás, Alicia!

Pálida luz que alumbras
La tumba triste y fría,
Y en las tinieblas finges
Del muerto la sonrisa,
Si en ese mundo eterno
Encuentras á mi Alicia,
Dila que en su sepúlcro
Mi corazón suspira.
Dila que al fin mis lágrimas
Han de tornar ceniza
La losa en que su nombre
Grabó una mano impia.
Dila que su reposo
Turba una voz que grita
CONSUELO de mi alma,
¿En donde estás, Alicia!

.

Hoy llevo aun su imágen
Dentro del alma mía,
A su recuerdo triste
Mi corazón suspira.
La veo entre mis sueños
Quebrar su frágil vida,
Y siento que me oprime

Honda melancolía,
Mañana... acaso alegre
Los mares de la vida
Recorreré cantando
Amor, placer y dicha.
Y ni un recuerdo en tanto
Habrá para mi Alicia,
Que todo borra el tiempo,
Y todo el hombre olvida.

¡Adios santo recuerdo!
¡Adios sombra querida!
Último amor que el alma
A la piedad inclina.
No veo ya tus ojos
Ni siento tus caricias:
¡Perdona si te olvido,
Infortunada Alicia!

ALEJANDRO QUEREIZAETA.

EL NOMBRE DIVINO.

SONETO.

Hay un nombre que el ángel en el cielo
Entona con mil cantos de ternura:
Es el nombre que ahuyenta la tristura
Del mortal cuando sufre en este suelo.
Es un nombre, poema de consuelo
Para toda la humana criatura,
El nombre que derrama la ventura
En aquel que le invoca con anhelo.
Enamórase de él, el mismo Eterno,
Lo repite el enfermo en su agonía,
Al orlo estremécese el infierno
Y los mundos se inundan de alegría.
•Y ese nombre sublime, dulce y tierno•
Es el nombre divino de *Maria*.

GABRIEL MARIA ALVAREZ BASALO,
Allariz Setiembre, 1874.

O DESCONSOLADO.

D' esta fontina á beira froleada,
Sentado á sombra d' un choron estou,
Doido o peito, a alma esconsolada,
Triste morrendo pouco á pouco vou.

Desde qu' a negra morte aquela prenda
Que tanto quixen, m' arrancou sin dôr,
Solás non hacho en nada, e solta a renda
Á pena, choro o meu perdido amor.

¡Quén-o diría! tan garrida e nova,
Doce cal rula e branca cal xasmin,
Tan cedo habias de baixar á coba!...
Piedade, ceos ¡ai! piedá de min!

¡Solo quedei n-o mundo, solo, solo!
¿Qu' hei de facer?... chorar e mais chorar...
E qu' ainda te vexo n-o meu colo,

Sabeliña quirida, maxinar.

Xa non iremos mais pol-os roleiros

En compañía amorosa às moras, non,

Nin baixo d' os follosos ameneiros

As coitas che direi d' o corazon

¡Cántas veces d' a auga d' esta fonte

Che din, miña vidiña, pol-a man!

¡Cántas os dous deixábamos o monte

Por tomar aquí o fresco aló n-o bran!

E n as tardes do outono... ¿non te acordas?

Mais ¿qué digo, acordar? si te perdin!!!

Pártenseme ¡ai! d' o corazon as cordas,

Penso qu' inda aquí estás.. louco de min!

N-outono... pois con alegría moita

Nos íbamos ó longo castañar,

E á rebotadas eu guindaba froita

Mentras ti regalábasme en cantar.

E tamen cando... ¿pero á qué memoria

Fago d' o tempo aquel? ¡ai! calarei. .

Mírame, Sabeliña, desde a groria:

Por ti decote triste chorarei.

ALBERTO CAMINO.

EL MAESTRE DE SANTIAGO,

leyenda histórica tradicional

por

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion). (1).

—Sueños tan raros,

Don Pedro, y en tal manera

Maléficos qué, por Dios,

De no veros y tocaros

Peliz y amante, creyera

Que estábais ya muerto vos.

Y á no recordar muy vaga

Una ficcion seductora,

A este vértigo anterior,

Dudára, mal vos, ahora,

Si alguna tormenta amaga

El cielo de nuestro amor.

—Pues tiene su punto serio

Aunque penseis lo contrario

Tan vano desvariar...

—Si el soñar es un misterio,

Más vano y más temerario

Fuera quererlo explicar.

—Cuanto con el hombre toca,

Tanto debe estar sujeto

A su criterio y razon,

Y no será empresa loca

Afrontar de este secreto

La velada solucion.

Soñar es fácil: sepamos

Señora, porque soñamos

Cuando sonrie el placer,

Delirios que, si lo fueran,

No alterarían ni aturdirían

Nuestra paz y nuestro sér.

Probemos si esas ficciones

Son verdades ó ilusiones,

Que siempre tuve ansiedad

De saber si el que delira

Vá de verdad á mentira,

O de mentira á verdad.

—Loca empresa acometeis

Don Pedro, pues no podréis

A fuerza de discurrir,

Estéril vuestro desvelo,

Romper el nublado velo

Que oculta lo porvenir.

Soñar.. ¡Quién sabe! Presiento

Que es ese el solo momento

De nuestra vida mortal,

En que Dios descende al hombre

Para revelarle el nombre

De su destino fatal.

Y acaso esas cien legiones

De fantásticas visiones,

Son la fiel reproduccion

De cosas que ya pasaron,

O de otras que aun no llegaron,

Profética anunciacion.

—¡Oh! No; jamás, ¡Dulce mia!

¿Mi sueño una profecia?

¿Perdéros por siempre yo?...

Loca estais ó estais soñando.

—Quizá estoy profetizando,

Don Pedro!

—Os digo que no.

—Bah!... Si cuando me veia

Vuestra ardiente fantasia

Morir en sueños á mi,

Buscáse, por si la hallaba

La mano que me mataba...

No lo dudárais así.—

Era tan triste el acento,

Y tal la melancolia

De Doña Dulce, al hablar,

Que hubo un lijero momento

En que Don Pedro creía

A su conciencia escuchar.

A estas frases, su semblante

Perdió el color sonrosado

Que sus mejillas pintó,

Y así con voz vacitante

Y duelo mal simulado

El pobre esposo exclamó:

—¡Oh, Doña Dulce querida!

¿Y quién, quién á vuestra vida

(1) Por una equivocacion al ajustar las planas en nuestro número 35 se suprimieron versos de esta bellissima leyenda cuya su-presion perjudica notablemente el fondo y la forma. En el pre-sente número subsanamos esta falta, repitiendo los versos conforme al original.—NOTA DE LA REDACCION.

Puede, cobarde, atentar?

Hermosa luz de mis ojos,

¿A quien perfidia y enojos

Pudisteis vos inspirar?

¿Qué daño haceis, mi paloma

Para temer á mi lado

Del gavilan el furor?

Único clavel de aroma

Que en mi desierto he encontrado,

Quién os robará á mi amor?

¡Ah, que el mundo fuera poco

A mi venganza insaciable,

A mi sanguinario afán,

Y sobre la tierra, loco,

Desolador, implacable,

Pasára cual huracán

¿Perderos yó, que os adoro,

Con aquel amor primero

Que vuestra madre olvidó?

Yó, que con vos atesoro

Cuanto el Universo entero

Mirára envidioso?... No;

¡Nunca, jamas será cierto

Ese sueño malhadado;

Nó, mi amada celestial!...

¡Antes, como habeis soñado,

Me halleis en el lecho muerto,

Que miren mis ojos tall!

—Si eso creéis, no á fé mia

Os cansará mi porfia:

Pues lo decís, lo sabreis;

Mas ved que la mente humana

No responde del mañana...

Y vos no le conoceis.

Y pues el tiempo y la edad

Han de decir con verdad

Quien se engaña de los dos,

Dejad que el tiempo decida:

Yo quedaré prevenido,

Quedad descuidado vos.

Y la esposa y el esposo

Dieron treguas á sus duelos

Para sin penas gozar,

Mientras el astro glorioso

Se remontaba á los cielos

Para sus goces mirar.

(Se continuará).

VARIEDADES.

Nuestro querido y respetable amigo Don Sebastian Roberto Nóvoa, virtuoso párroco de Santa Eufemia del Norte de esta ciudad, ha partido el Domingo 6 del actual, con direccion á Pontvedra, cumpliendo con el mandato del Señor Gobernador civil, que le señaló aquella capital como punto de destierro.

Nosotros que no vemos en el señor Nóvoa un hombre político, sinó un ejemplar de

sacerdotes, deseamos ardientemente que regrese al seno de este pueblo, en donde su benigno carácter y sus virtudes, le granjearon las simpatías y la estimacion de todas las clases de la sociedad.

El *Diario de Santiago* publica en su *Album literario* una poesia al pueblo Argentino de nuestro querido amigo y colaborador Don Bernardo Barreiro y Varela, inserta en el periódico *La Pampa* de Buenos Aires.

Con inmenso placer leemos tambien en el mismo colega la siguiente:

«El señor Barreiro, desconocido apesar de su talento, en esta buena ciudad ha sido llamado por el señor Sarmiento, Presidente de la República Argentina, que deseaba felicitarle y recibido de él la promesa de adquisicion para las bibliotecas populares del drama *Sitio de Buenos Aires*, escrito recientemente por nuestro amigo.»

Con dolor confesamos el olvido en que se tienen en nuestra patria los escritores de ella, que una vez en naciones extrañas reciben el aprecio que merecen, haciéndoles justicia y premiando sus méritos.

UNA GRAN NOTICIA PARA LAS ARTES. Al hacerse unas escavaciones en el castillo de Amboisse, se ha descubierto la tumba de Leonardo Vinci, el célebre autor de la *Cena de Jesucristo*.

Sabemos que nuestro querido amigo y colaborador Don Juan Manuel Paz, va publicar una obra de *Economía pública*.

Solo sentimos que dicha obra tenga que encerrarse en los límites de la enseñanza elemental por cuanto mucho podíamos esperar de la ilustrada pluma del ya tan conocido publicista, señor Paz Nóvoa.

Hemos recibido la visita de nuestros colegas *La Gaceta de los caminos de Hierro* de Madrid y *La Gaceta Internacional* de Bruselas, á quienes al devolver la visita, le enviamos nuestro cariñoso saludo.

Nuestro querido compañero Don Valentin Lamas Carvajal, director de este Semanario, ha salido para Vigo, á donde va á restablecerse de su quebrantada salud, especialmente de la vista, de la cual ha estado completamente privado.

Le deseamos sinceramente su más completo restablecimiento, y el próximo regreso entre sus mejores amigos.

ORNSE 1874.

Imp. de D.^a Pilar Sidarel, á cargo de D. Ramon Lozano.